

opinión general que datan de la época de dicho monarca. A lo que se cuenta, de una de ellas era el agua que, estando oculto David en la cueva de Odollam, le presentaron, arrojando mil peligros, tres de sus esforzados partidarios para satisfacer el antojo por él manifestado.

«¡Oh! si alguno me diera á beber agua de la cisterna que hay en Belén junto á la puerta! dijo David.—Y al momento tres valientes rompieron por el campamento de los filisteos y sacaron agua de la cisterna de Belén, que está junto á la puerta, y se la trajeron á David; pero él no quiso beberla, é hizo ofrenda de ella al Señor, diciendo: Libreme Dios de beber la sangre de esos hombres y de llevar el agua á mis labios, el agua que han comprado con peligro de su vida.»

Fundados algunos críticos en que los Pozos de David no puede decirse exactamente que se hallen junto á la puerta, á no ser que la ciudad antigua se extendiese hasta á aquel punto, lo cual no se tiene por probable ponen en duda la autenticidad de la tradición, y opinan que la cisterna del sagrado texto es una de las que existen en el antiguo atrio de la iglesia de la Natividad.

Las cisternas de David, que antiguamente estaban á las puertas de la ciudad, se hallan actualmente separadas de ellas mil pasos, á consecuencia de la ruina de los edificios y de la disminución progresiva de vecindario. Estaban forradas de plomo. Una de ellas principalmente conserva el nombre del Santo Rey.

Estas cisternas recuerdan á la vez la victoria de este príncipe sobre los filisteos en la llanura de Rafaim, que puede verse á la derecha viniendo de Jerusalén, y el glorioso triunfo de sí mismo, desechando aunque sediento, el agua que tres valientes de su ejército le trajeron, con riesgo de su vida, atravesando el campamento enemigo: «Guárdeme el Señor, les dijo, de hacer cosa tal, porque me parecería que sorbía la sangre de estos valientes.» Palabras admirables, y que para darlas todo el valor, deben conocerse los calores de este país con la excesiva sed que avivan después de las fatigas de un grande combate.

A quinientos pasos del sepulcro de Raquel se encuentra una hermosa cisterna profunda, y casi siempre llena de agua excelente que se saca por tres aperturas redondas abiertas en la piedra. Llámasele por unos la cisterna de Belén porque no dista de ella más que unos quinientos pasos, y por otros cisterna de David, por creerse que este Rey deseó beber de sus aguas, cuando los tres bravos soldados fueron á buscarla.

Y supuesto que hemos hablado del agua, diré de paso que la de la cisterna del monasterio de Belén es deliciosa. Cuando se la derrama

parece un cristal: cada gota tiene el brillo de un diamante. La de la cisterna de Jerusalén la aventaja. «Jamás la había bebido ni visto más cristalina, dice un peregrino. Muchas veces estando en la mesa suspendía mi comida por el placer de contemplarla, tan extraordinaria parecía su hermosura.»

Siguiendo el camino hacia los pastores, encuéntrase la casa llamada de San José, la cual no es más que un solar abandonado, donde se cree que aquel justo, descendiente de la real extirpe de David, hubiera siquiera de paso habitado alguna vez. La aldea ó pueblecito de los pastores son unas casas mal habitadas por turcos de mal talante, cuyos fieros visajes en nada creo se parezcan á las facciones de los primeros adoradores del Verbo encarnado. Pero como ellos tienen las llaves de la cueva, es preciso halagarlos para que vayan á abrirla. Es como una capilla medio subterránea con un altarcito á la griega, pues esa nación pretende su derecho exclusivo, y por eso va reuniendo piedras para poner una cerca ó pared alrededor, que ya está empezada. Su porfía, su maquiavelismo y su oro, es probable que lo consigan de la venalidad turca. Es digna de codicia la gruta, no sólo porque se halla en el campo donde los ángeles anunciaron á los vigilantes zagales el nacimiento del eterno Verbo, sino también por haber plantado en él sus tiendas el patriarca Jacob, después de enterrada Raquel, atraído por la feracidad de sus pastos que después fué el gran campo de Booz, donde una humilde moabita vino á recoger espigas y la maternidad de Obed. ¡Raras coincidencias! Campo de trigo y Belén casa de pan: Ruth y Maria, Jacob y Jesús..... El trigo de los escogidos, el pan del cielo, el Deseado de las gentes, el Pastor de nuestras almas, nacido allí cerca, del purísimo seno de Maria, que Salomón llama un montoncito de trigo rodeado de azucenas, cosas son que cuanto más se meditan, más se encantan y deleitan. Al regresar uno no puede menos de volver la vista sobre aquel campo feliz, teatro de acontecimientos pastoriles, patriarcales y angélicos.

Después de dos horas de marcha llégase á la montaña de los Franceses; su camino es sumamente penoso, porque no existe vestigio de él: siempre piedras y rocas. Cuando se llega á la mitad de su elevación, se puede observar que desde este punto el monte es obra de arte, elevado por el brazo del hombre. El Dr. Clarké, célebre viajero inglés, asegura que esta montaña es parecida al Vesubio, de modo que según él, tiene un cráter muy visible. Verdad es que no la vió sino de lejos. Causa admiración que un hombre de tanto mérito haya incurrido en semejante error. La vista que ofrece desde su cumbre es magnífica

y encantadora. Aunque distante algunas leguas del mar Muerto, parece que esté debajo de sí. Detrás se elevan las montañas de la Arabia Petraea, este vasto sepulcro de un ingrato pueblo, la de Nebó, sobre la cual Dios hizo subir al conductor de los hebreos y desde donde le enseñó todo el país de una y otra parte del Jordán, diciéndole: «He aquí el país que he prometido á tus padres. Tú le verás, pero no entrarás en él.» Vosotros sabéis ya el motivo. A la derecha se descubren los montes de Hebrón, donde todavía se enseña el sepulcro del Patriarca de la Caldea, padre de los creyentes, los de Engaddi, las alturas de Betulia.

«Llegamos al pie de una alta montaña que dista una hora de Belén, escribe Noud. Está aislada. La he oído titular la montaña de los Franceses; en el país se llama del Paradiso..... Después de haber pasado por esta subida difícil llegamos á la cumbre, donde encontramos las ruinas de un gran castillo que la cubría toda: vimos todavía excavaciones, caminos cubiertos, pero todas las murallas y torres estaban derribadas, de suerte que apenas podían divisarse los cimientos. Se dice que los franceses lo habían fortificado para defender los Santos Lugares y que se sostuvieron allí por muchos años contra los infieles, no cediendo hasta que se vieron forzados por el hambre.»

V

Al salir de Belén y tomando el camino que dirige á San Juan de la Montaña, vense á poco, dada la vuelta á un cerro, las siguientes líneas de un edificio gótico dominando los árboles que le rodean y destacándose atrevidos sobre el azul de los cielos. Es el puerto de Beit-Djalla, mansión abierta al estudio, al retiro y á la oración. A corta distancia de la cuna del Salvador y de la cueva en que realizó San Gerónimo sus admirables trabajos, el patriarca latino de Jerusalén ha querido establecer un gran seminario. El edificio es bello y digno de los fieles que le han prestado la cooperación de sus limosnas y está rodeado de una población que cuenta dos mil almas, la mayor parte griegos cismáticos.

Al pie de la colina donde está situado Beit-Djalla corre una abundante fuente en medio de frondoso olivar. Pasado éste éntrase luego en un angosto desfiladero en cuyo fondo se halla un torrente seco, pero que en invierno es muy caudaloso, uno de los principales afluyentes del río de Alcalón.

Pronto se encuentra el viajero en el camino directo de Jerusalén á Gaza. Según la mayoría de los autores modernos aquí fué guiado San Felipe por el Espíritu del Señor que le dijo: «Levántate y dirígete al

Mediodía por el camino de Jerusalén á Gaza.» Al propio tiempo un etíope, uno de los principales eunucos de la corte de Candacia, reina de Etiopía, que había ido á Jerusalén á adorar á Dios, regresaba á su patria, sentado en su carroza leyendo los escritos proféticos de Isaías. «¿Entiendes lo que lees?» le preguntó el apóstol. El etíope le contestó: «¿Cómo podré comprenderlo si nadie me lo explica?» Y en seguida rogó á Felipe que subiese á la carroza y se sentara á su lado. Hízolo así el apóstol, y explicándole el sagrado texto le anunció á Jesús. Hallaron luego á su paso una fuente, y el etíope le dijo: «Aquí hay agua; ¿qué impide ya que me bauticéis?» Felipe respondió: «Bien puedo hacerlo si creéis de todo corazón.» Y el etíope repuso: «Yo creo que Jesucristo es Hijo de Dios.» Mandó luego parar la carroza y Felipe le bautizó.

En aquel tiempo se creía necesitar que alguien explicase la Sagrada Escritura; se creía que no bastaba conservar su letra muerta si no se entendía, y que esta inteligencia ó la fe proviene de lo que se ha oído; *Fides ex auditu*, dice San Pablo á los Romanos; en una palabra; creíase en el principio de autoridad. En nuestros días le ha reemplazado el principio del orgullo: desde entonces todo ha sufrido alteraciones en el mundo; la autoridad del sacerdote, la del magistrado, la de los padres han sido despreciados á la vez; se niega la religión, la sociedad y la familia; tales son las consecuencias de un principio que con audacia se proclamó tres siglos atrás.

La tradición añade al bíblico relato que el magnate bautizado por San Felipe llegó á ser el apóstol de Etiopía.

La fuente mana todavía fresca y límpida en el Ued-el-Uard (valle de las Rosas), como á una hora de marcha por el solitario sendero; los árabes la llaman Ain-el-Hauieh; pero de la iglesia allí levantada en memoria del suceso no quedan más que ruinas, entre ellas cuatro fustes de coluna.

Escritores hay, como vamos á ver, que, siguiendo á San Gerónimo, fijan el sitio del bautismo del etíope en el Aiu-ed-Dirueh, cerca las ruinas de Bethsur.

Después de andar una hora llégase á la Fuente de San Felipe, sita á la izquierda del camino al pie de la colina. En otro tiempo debió estar sin duda muy adornada, puesto que todavía se ven algunos cincelados y restos muy considerables. En un campo inmediato había una iglesia, de la que todavía se conservan en pie dos columnas. A corta distancia se encuentran varios sepulcros abiertos en la peña.

Queresmio cita varios testimonios para probar que esta fuente es la misma de que se trata en los Hechos de los Apóstoles. Hablando de